

choza: «Escucha, choza de cañas; óyeme y dile a Uta Natispún que deje esta casa y que se haga un navío cuadrado igual de largo que de ancho». Uta Natispún respondió desde dentro: «Ya te oigo, Ea; te comprendo, mi señor».

Al amanecer comenzó la tarea. Los muchachos traían betún. Al quinto día ya se veía la forma del navío. Tenía 120 codos de alto y el puente era también de 120 codos. En el interior había nueve cámaras, y en el centro, un mástil. Una vez terminado, Uta le llenó de todas sus posesiones: oro, plata y todas las bestias de cría. Entraron también sus parientes y sus obreros. Inmediatamente empezó a granizar. «Aterraba ver la tempestad que se acercaba. El agua subió alta como las montañas. El hermano no podía ver al hermano, ni los dioses podían distinguirlo desde el cielo. Aterrados por el turbión, se escondieron en la cámara de Anú, se acurrucaron como perros. La diosa Istar gritaba como mujer de parto.» Seis días y seis noches duró todo aquello. Por fin, el bajel tocó tierra en la montaña de Nisor. Uta contaba más tarde: «Dejé salir una tórtola y regresó porque no tenía lugar donde posarse; dejé salir una golondrina y regresó; dejé salir al cuervo, y éste voló, voló, vió retirarse las aguas, y no regresó. Entonces hice un sacrificio en lo alto del monte; con siete veces, siete vasos, hice libación. Quemé cañas, cedro y madera de mirtos. Los dioses percibieron el olor del humo y vinieron como moscas alrededor del fuego.

LA ARQUEOLOGIA

Así se contaba el diluvio en las tierras que fueron el escenario del suceso, hace más de tres mil años. La arqueología ha venido a confirmar el relato de la *Biblia*, presentándonos el hecho envuelto en una nube de fábulas mitológicas y de supersticiones populares.

Y lo más curioso es que los esfuerzos realizados por las últimas generaciones para resucitar aquellas culturas lejanas parecen traer confirmaciones inesperadas. En varios lugares de la Baja Mesopotamia han aparecido objetos que se consideran anteriores al diluvio. Así era Kish, acaso la Suripak del poema, y en Ur, la patria de Abraham. Leonardo Woolley, director de las excavaciones que allí se hicieron entre 1925 y 1930 por el Museo Británico y la Universidad de Pensilvania, nos dice que en Ur se creyó por algún tiempo haber llegado a un suelo virgen, o, por lo menos estéril, sin el menor fragmento de cerámica, sin objeto alguno que revelara la presencia de la industria humana. «No veíamos más que arcilla limpia y uniforme en capas horizontales, como limo seco depositado por el agua. Los obreros declaraban que habíamos llegado al fondo, y que aquel depósito era el cauce original del río, que habría pasado algún día por la ciudad de Ur. La conformación del terreno me hacía dudar de esta explicación, y así ordené que continuase la excavación. Profundizamos las trincheras cerca de tres metros, y al llegar a este punto reaparecieron los cascotes de cerámica, algunos análogos a los que habíamos encontrado en las capas superiores al terreno estéril, otros más pobres, de vasijas hechas a mano, y, con ellos, algunos útiles de piedra.»

Tenían la convicción de haber llegado al estrato antidiluviano. Entre los hallazgos figuraba un cascote de ladrillo, «que nos pareció, dice Woolley, el ladrillo más antiguo de cuantos habíamos encontrado hasta entonces, y por el cual llegábamos a la conclusión de que el primer poblado prehistórico, levantado en aquel lugar, no era sólo un conglomerado de chozas de cañas y barro, sino que tenía algún monumento más sólido, sin duda, la habitación del jefe o la residencia de los dioses.»